

# CATOLICOS INDEPENDIENTES

**A** la hora de enjuiciar los hechos históricos procedemos siempre a deformar el pasado con nuestras recetas. Parece como si necesitásemos fórmulas que resolvieran todas las cuestiones.

Se trate del marxismo, y nos basta, para alabar o condenarlo en el plano humano, encontrar una breve fórmula que resuma —laudatoria o críticamente— su esencia. Unos dicen: es un materialismo grosero. Otros, en cambio, afirman: es mucho más elevado que esa mentalidad difusa que predomina en Occidente. Incluso hay quienes, más pretenciosos, encierran las mismas ideas en frase más técnica. Y al final —por causa de estos simplificadores de la realidad— no hay manera de entenderse sobre lo que sea la doctrina de Marx.

Igual pasa con los personajes históricos: «Ignacio de Loyola fue el duro paladín de la Contrarreforma»; «Erasmus, el vacilante católico que no sabía a qué carta quedarse entre Lutero y el Papa». Así se suelen enfrentar ambas figuras, como si hubieran sido expresión antagónica de dos tendencias: la una, ortodoxa y tradicional, y la otra, renovadora y semi-herética.

Pero la lectura sería de cualquiera de las obras que han estudiado esta gran figura de humanista de los siglos XV-XVI, hará comprender que no se pueden simplificar las cuestiones, y hay que concluir que Erasmus no es el que se nos había dicho en tantas y tantas almibaradas obras asustadizas de tipo histórico, escritas por parciales escritores católicos que olvidaron su título de «universalidad».

**Y** O no sé si hemos caído en la cuenta, quienes formamos la Iglesia, que el término **católico** entraña una universalidad que difícilmente puede ser compaginable con ciertas posturas integristas existentes en nuestro país y fuera de él.

El católico debía ser quien tuviera la mente más abierta a todo, y estuviera más dispuesto a aceptar el diálogo y la colaboración con todos. Es más: el católico, por eso mismo, debía ser el hombre más imparcial del mundo, porque su perspectiva nunca debía quedar empuñada por las cuatro paredes de su vida cotidiana.

Cuando hemos presenciado la extraña paradoja de creernos nosotros más católicos que nadie, al despreciar todo católico que viniera de fuera, estábamos asistiendo a un espectáculo de auténtico falseamiento de lo católico.

Hace veinte años era yo sospecho entre algunos amigos sacerdotes por que leía a Maritain. Cuando hoy Maritain —a pesar de sus méritos— se ha quedado muy atrás de lo que vive y piensa el catolicismo mundial. Es más, cuando tuve que dar una conferencia en una pequeña ciudad española hace diez años, y se me ocurrió contar a mis oyentes la experiencia apostólica de los «Christophers» en Norteamérica, el obispo, al cerrar el acto, me hizo observar, cariñosa, pero decididamente, que no teníamos que aprender en nuestro país nada de ningún católico de fuera, y si ellos aprenderlo todo de nosotros.

Esta mentalidad que no es propia ni siquiera de nuestro clásico siglo XVI (bien conectado con la cultura europea, y aun pionero de todos sus avances), se abrió camino hace unos doscientos años. A partir de entonces hacemos lo posible por encerrarnos en nuestro cada vez más estrecho recinto, y vamos expulsando de nuestras filas a casi todo aquel que quiere mantener una sana independencia. Así, poco a poco, habíamos llegado a la insostenible **cerrazón** religiosa que culminó, durante el Concilio y antes de él, en la repulsa de la libertad religiosa por algunos católicos —clérigos o seglares— representativos en nuestro país.

**A** L recordar la figura de Erasmus —en fecha próxima a su centenario—, todavía muchos católicos españoles reaccionarán espontáneamente con una cierta desazón. Como si el pensador holandés hubiera sido una figura nefasta y poco ejemplar.

Pero lo curioso es que esta falsa imagen que de él tenemos no dice relación con lo que en su época se vivió en España.

Francisco de Vitoria —el Séneca cristiano—, profesor de la Universidad de Salamanca en su tiempo, sintió durante muchos años una gran admiración por este gran escritor del Renacimiento, aunque la presión social de sus contradictores le hizo flaquear. Lo mismo le defendieron el arzobispo de Toledo, don Alonso de Fonseca, y el inquisidor general de aquella época, Alonso de Manrique, y, en general, los más altos dignatarios eclesiásticos de entonces, que eran hombres verdaderamente cultos, y no mentes estrechas sin horizontes. Como lo hizo su íntimo amigo, Santo Tomás Moro, el canciller y mártir inglés, el que dedicó su obra de crítica del catolicismo popular titulada **Elo-**

**gio de la Locura**, Papas, como León X y Adriano VI, en vez de condenarle, aprobaron su labor, y dieron testimonio público de su aprecio por él.

Contra lo que se ha dicho —y yo he leído muchas veces—, San Ignacio no prohibió, en general, la lectura de sus obras a los jesuitas. Fue un superior general belga de la Compañía de Jesús, el padre Mercurian, el que, por primera vez, condenó sus libros. Pero ni San Ignacio, ni su sucesor Láinez, lo rechazaron. Es más, pone este último al mismo nivel a nuestro humanista español Luis Vives y a Erasmus, y, ¿quién podría tachar de heterodoxo a Vives? En realidad, «Loyola... no conoció personalmente a Erasmus ni se interesó gran cosa por él», dice su biógrafo, padre R. García-Villoslada, S. J.

Lo curioso es que, a pesar de la prohibición que pesó sobre el humanista holandés, a partir del padre Mercurian, ese precepto «no creemos que... se cumpliera muy a la letra, sobre todo después de su muerte» (idem). Eran aquellos religiosos un poco más liberales que nuestros integristas de hoy que nos quieren hacer tragar no sólo el espíritu de la ley, sino su letra.

**P** ERO, ¿quién fue Erasmus, y qué representaba?

Yo, muchas veces, meditando sobre nuestro profuso y teatral catolicismo de santuarios, penitencias espectaculares, hábitos, promesas, procesiones y banderas, me he preguntado si ése fue el catolicismo de nuestros antepasados. De aquellos que todos recordamos como grandes figuras del mismo, y que llegó a su cumbre con San Juan de la Cruz, el mejor, más profundo y más independiente pensador religioso que hemos tenido en nuestra nación.

Y me he preguntado también si el fuerte atractivo de que gozó Erasmo entre nosotros no sería por una afinidad de espíritu con él, y por el sano afán de luchar contra tantas cosas accidentales que se iban mezclando ya entonces con nuestra religión, y que hoy la vemos casi inundada por ellas.

Incluso, al ver esa defensa a ultranza que se hace de toda suerte de prácticas semi-supersticiosas, me he interrogado si lo que algunos querrían es seguir fomentando ese catolicismo de **picaresca** que tuvo su punto culminante en la confusa mezcla de oraciones e inmoralidades —veas a la Virgen y raterías organizadas— que imperaban en el patio de Monipodio que describe Cervantes en su **Rinconete y Cortadillo**.

Hoy todavía habría que preguntarse si cuando se pide que los movimientos de apostolado seglar no se mezclen con reivindicaciones de justicia, lo que se quiere decir es una cosa muy parecida, pero bajo capa de mayor seriedad. Si lo que se intenta es coonestar falsamente una espiritualidad de rezos y meses de mayo a la Virgen, con una defeción en todo lo que se supone mayor justicia o derechos humanos olvidados, y aun conculcados. En último extremo: quizá propugnamos un patio de Monipodio elegante e higiénico por fuera, pero no menos sucio por dentro.

**E** N realidad, cuando Erasmus escribe su **Elogio de la Locura**, sus **Coloquios** o su **Enquiridón del militante cristiano**, no pide otra cosa que la que nosotros queremos hoy: una limpieza general de toda inflación religiosa —doctrinal o de costumbres— que es la que se ha introducido en buena parte del catolicismo.

El Patriarca Máximos IV, junto con monseñor Méndez Arceo y el obispo Laravoire, pidieron en el Concilio lo mismo que Erasmus había expresado hace cuatro siglos así: «Que se supriman, o al menos se hagan facultativas y libres, todas las reglas puramente carnales que existen». Como son: abstinencias de carnes, tonsura eclesiástica, sotana y la obligada asistencia a Misa y no por necesidad religiosa... Quería transformar, el humanista holandés, las leyes humanas de la Iglesia en consejos y exhortaciones, más que en preceptos anacrónicos bajo pecado mortal.

Al leerla ahora nos damos cuenta que se observaba en nuestras filas católicas lo mismo que puede verse hoy: «Veo y escucho a cantidad de gente que lo esencial de su religión se reduce a asistir a lugares, llevar vestidos, tomar ciertos alimentos, ayunar, hacer gestos, cánticos, aun cuando esto les sirve para despreciar a su prójimo contra el precepto evangélico». ¿No es esto lo que muchos que no son creyentes rechazan con toda razón en nosotros, y por ello llegaron quizá a hacerse ateos?

Cuando se hace Erasmus propagandista de la **locura**, quizá lo que pedía era lo que había dicho Juan XXIII antes de ser Papa: «Sin un poco de santa locura, no podremos ampliar los pabellones de la Iglesia».

«La **locura** humanista es la conciencia crítica o irónica de sí, que no quiere ser engañada ni siquiera por uno mismo... es clarividencia y juicio» dice su biógrafo, Jean Claude Margolin. Por tanto, lo que Erasmo pretendía es que no tomáramos tan en serio todo lo que nos parece «tabú», y, en cam-



bic, superando este temor reverencial, pudiéramos construir algo más definitivamente serio para el futuro. Hay que superar en la Iglesia esa «seriedad» que criticó finamente Sartre, y que según él es prototipo de burgueses acomodados en sus ventajosas rutinas.

El que se asusta de que critiquemos hoy muchas cosas de la Iglesia, el que teme que se derrumbe todo orden porque queramos ser clarividentes, ése ni quiere a la Iglesia ni quiere el verdadero orden. Y porque somos el polo opuesto de quienes piensan así, queremos, como el católico Erasmo, «que se conjunte la religión con la libertad».

«La Iglesia, tal como la sueña Erasmo, debe ser una madre y no un despota, y un inteligente pedagogo que sigue al alumno en su vacilante marcha, y que le guía suave y firmemente, sin abrumarle con prescripciones ni reproches...: así debería ser la Iglesia para los fieles, maestra de libertad» (J. C. Margolin). ¿Pero lo ha sido siempre con sus presiones, sus condenas, abrumadoras leyes, reconveniones y Tribunales de Fe?

**S**i no condenó Erasmo claramente a Lutero fue por la misma razón que ahora muchos historiadores y teólogos católicos presentan su figura a una nueva luz: la de quien quiso sinceramente corregir los defectos reales de la Iglesia, y no fue comprendido. La de quien esta postura, por reacción exclusiva, le llevó al reformador del siglo XVI a abandonar el catolicismo.

Cuando observaba Erasmo el tráfico indigno que se hacía con las indulgencias y con los actos de piedad, cuando veía en su propia carne el mal cumplimiento del celibato en muchos eclesiásticos (pues él mismo fue hijo de un sacerdote), quiso noblemente adaptar la Iglesia a la realidad, y olvidar tantas y tantas actitudes no-esenciales, que entonces se exigían, y pretendió que se superasen en beneficio del amor auténtico entre los hombres, que es el máximo precepto del cristianismo.

Su ideal de independencia le hizo despreciar el cardenalato y no aceptar la actitud duramente polémica que, contra Lutero, le pidieron la Universidad de Lovaina, primero, y después Enrique VIII de Inglaterra y el Papa Adriano VI.

Fue uno de los hombres más tenazmente contradictor de la guerra, que quería que fuese desterrada de la Humanidad, porque no creía —como buen cristiano— en los procedimientos violentos. Y justo es, por tanto, que quisiera aplicar este criterio a la división existente entre cristianos, y publicase un libro pidiendo la «Concordia de la Iglesia».

Si fue consejero de Carlos V, no quiso hipotecar su voluntad siguiéndole a todas partes, y renunció a venir por eso a España cuando aquél accedió a nuestro trono.

Pacífico revolucionario en su *Institución del príncipe cristiano*, quiso sustituir —a diferencia de muchos teólogos escolásticos actuales que todavía añoran el pasado medieval— la antigua moral feudal y caballeresca, propugadora del inmovilismo social y de la venganza por medio del duelo y de la guerra, por la moral evangélica del perdón, el amor promotor de los hombres más débiles, y de la razonable discusión para llegar a la justicia y la verdad.

Quiere por eso que se desgraven de impuestos los artículos de consumo corriente: alimento, vestido y vivienda. Pero que se aumenten las leyes suntuarias para cercenar el lujo y el despilfarro. Desea que el Estado dirija la economía del país y la desarrolle y estimule con arreglo a sus características naturales, teniendo sólo a la vista el interés común de todos los ciudadanos. Para él deben ser rechazadas las modalidades industriales y comerciales que no enriquecen a todos, sino que crean necesidades ficticias asequibles sólo a unos pocos privilegiados.

En una palabra: Erasmo fue siempre un independiente, pero no un asocial. Creía en la armonía posible de todos los hombres, en religión, política o sociología, siempre que se proscribiera la violencia y la parcialidad. Sólo el coloquio, el diálogo, era para él camino de entendimiento, de progreso y de colaboración constructiva, como hoy lo decimos los católicos que queremos seguir al Concilio plenamente.

Entre nosotros tímidamente lo estamos ensayando, y es necesario un esfuerzo para que se desarrolle más y tenga mejores resultados tangibles. Hemos de acostumbrarnos a estar a la disposición de los demás, y a contestar y defendernos sólo pacíficamente contra quien nos quiera exacerbar, o incluso atacar con los medios que proporciona la ley eclesiástica o civil.

Pero no hemos de ceder tampoco en nuestra insobornable postura, porque, como decía Erasmo de Socrates, debemos «estar por encima de la injusticia, del éxito y de la muerte»; no por cómoda complacencia con ellas, sino para oponer al envilecimiento, la nobleza; al afán condenatorio, la crítica independiente; al conformismo, la renovación radical y pacífica de toda estructura injusta; al egotismo de grupo, el sentido de convivencia, y al autoritarismo desmedido, la hermandad entre iguales en dignidad.

Este día brillará para la sociedad y la Iglesia una luz nueva que el Concilio nos pide que difundamos sin timideces o artes combinatorias que la oculten a fuerza de promediario todo.

E. M. M.

## VACACIONES 1966

... en la montaña, junto al mar, en el lugar tranquilo elegido para su verano, encontrará un AMIGO esperándole. Sin duda, será un buen compañero en sus horas de descanso.



le recomendamos:

**EXODO** Una grandiosa epopeya.  
LEON URS Una novela fascinante.

**EL PROCESO DE NUREMBERG** Balance trágico del III Reich.  
JOE J. HEYDECKER Y JOHANNES LEEB

**NO SERAS UN EXTRAÑO** Un libro que miles de personas han leído y ninguna ha olvidado.  
MORTON THOMPSON

**LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL** Panorámica de la más terrible guerra de la historia, con gran riqueza de humanos y dramáticos episodios.  
H. G. DAHMS

**TOM JONES** La obra maestra de humor y realismo que ha dado al cine británico uno de sus mayores triunfos.  
HENRY FIELDING

**FIEBRE DE VIVIR** Sensual, impertinente, libre, entregada a la pasión y a la aventura... CLOTILDE sigue su camino.  
CECIL SAINT LAURENT

**NO SIEMBRES CON ODIO** Una novela que no se lee: se vive.  
JACK HOFFENBERG

**LIBRO AMIGO**  
para los amigos del libro.

**DONDEQUIERA QUE VAYA ENCONTRARA LIBROS BRUGERA**



Más de 9000 puntos de venta en toda España aseguran la adquisición de libros BRUGERA